

Los laberintos de la música

Variedad de sones y danzas de rasgueo y punteado al estilo jarocho.

Antonio García de León

Como muchos de los estilos regionales de lo que en las postrimerías de la Colonia se llamó “sones de la tierra”, los sones jarocho son una amalgama de ritmos y aportaciones del mundo atlántico que entraron principalmente al Sotavento por la abertura comercial del puerto de Veracruz. Así, influencias europeas, africanas y americanas, o bien de regreso desde el interior del “reino”, llegaron al territorio y fueron más visibles en el siglo XVIII: todas se hallan en la base musical y lírica del género y han sido reportadas por la literatura y las fuentes de la época. Fandangillos y peteneras de ida y vuelta, puntos guajiros, passepieds, minués congos y afandangados del Caribe español y francés, contradanzas y boleras, murrangas, tangos y chungas gaditanas y sevillanas empezaron a conformar un género cuando esas músicas urbanas penetraron a las tierras interiores del Sotavento, creando el sonido de los aires campesinos y fandangos: asentándose en el protocolo de los sones de pareja y de montón oficiados alrededor de una tarima de madera, en donde los bailadores hacen sus zapateos y mudanzas, consiguiendo incorporarla como un instrumento dominante de percusión.

Reunidos alrededor de este género y en base a la investigación de archivos históricos y musicales y de trabajo de campo, tratamos de concretar, en el grupo *Zacamandú*, la tarea de hacer evidente mucho de lo acumulado en la tradición campesina, lograr que los sones dejados en el olvido volvieran a tener vigencia y se hicieran presentes en su repertorio, acudiendo a la selección de las afinaciones, la instrumentación y los ritmos, y que, además, la versificación adquiriera el protagonismo y la flexibilidad creativa que de alguna manera se estaba anquilosando. Este proyecto intentaba hacer evidentes muchas de estas influencias musicales y líricas del Siglo de Oro y del barroco musical hispanoamericano, de ejecutarla y difundirla con la intención de aportar a su revitalización aprovechando el impulso que caracterizó al son en varios de sus santuarios privilegiados desde finales del siglo pasado: Tlacotalpan, Santiago y San Andrés Tuxtla, Minatitlán... en sus fiestas campesinas y encuentros musicales, o con la proliferación de nuevos conjuntos y agrupaciones. Así, el aporte del grupo se centró en los ajustes de las cadencias, la instrumentación y la lírica, en un intento de utilizar al máximo los recursos expresivos de los sones de Sotavento. Se intentó asimismo darle coherencia a la letra de cada son, cuidando además la calidad poética de mucho de lo que persiste, a veces aislado y disperso, en la tradición de los fandangos rurales.

Así, el primer producto de este trabajo ocurrió hace ya 30 años, cuando se publicó el primer disco del *Zacamandú* (*Antiguos sones jarocho*) que ahora se incluye remasterizado en esta colección de dos proyectos que intentan compilar lo que se grabó entonces: recordando las tres décadas de la aparición de un primer cassette y luego un disco compacto que, en su momento, fueron un referente de posibilidades abiertas.

Esta grabación pretendió ser un trabajo de reafirmación de los sones tradicionales del Sotavento tal y como persistieron en los fandangos rurales, que, vistos más de cerca, nos refieren -en sus temáticas, versos, cadencias y músicas- a todo un complejo histórico que refleja las modulaciones de la historia de Veracruz y la costa de Sotavento: sones de marinería, de vaqueros y ganadería trashumante, de cantares de madrugada y velorios, de versadas a lo divino, cuadros de costumbres y oficios, de referencias a la vida de arrieros, artilleros y milicianos, de animales y frutas del entorno geográfico, o bien, fragmentos de romances, historias y requiebros de amor; reflejando formaciones históricas de largo aliento marcadas por las formas poéticas que se remontan al llamado Siglo de Oro de la literatura hispánica (sextillas, quintas, décimas, cuartetas, seguidillas simples y complejas, plantas octosílabas y hexasílabas...), y en las danzas y la música, al periodo llamado “barroco” en sus diferentes expresiones: afinaciones y música antigua, formas e instrumentos del siglo XVII (guitarras, bandolas, bajos, arpas, panderos, etcétera) danzas zapateadas y muchas variaciones del antiguo “arte del danzado”. Así, los sones que persisten están relacionados con jácaras, villancicos, negrillas, tocotines, cumbés, pasacalles, zarabandas, chaconas, etcétera, del periodo virreinal.



Al recuperar este trabajo y darlo a conocer en su totalidad, creemos que aporta a la recapitulación de un trabajo que en su momento fue pionero, que tuvo la sutileza de hurgar en ejemplos antiguos y que, a su turno, motivó a muchos músicos en la búsqueda de sus propios sonidos y voces, estilos y cancioneros. Alentó también a la proliferación de los instrumentos y las lauderías, así como a la incorporación de nuevas posibilidades instrumentales (guacharacas, quijadas, marimboles, cajones, violas y violines rústicos...); acompañando después a una efervescencia que ha traspasado fronteras e identidades...

El grupo *Zacamandú* tomó su nombre de un antiguo son que parece haber llegado a México desde las Antillas en la segunda mitad del siglo XVIII (“el Zacamandú, baile traído a Veracruz por un negro de La Habana que había estado forzado en San Juan de Ulúa”), según reza un documento de Inquisición del Archivo General de la Nación (Tomo 1410, ff. 737v, año de 1803) ... y que persiste hasta hoy como *Zacamandú* en la Huasteca y como *Toro Zacamandú* en la región de Sotavento.

El Grupo Zacamandú, una historia para contar.

En 1980 varios de los miembros del Grupo Zacamandú aún éramos estudiantes. En ese momento, el Trío Zacamandú, que sólo interpretaba sones huastecos, estaba formado por los hermanos Eduardo y Ernesto Anaya Lara Quintal, y Lucas Hernández Bico, a la sazón, 2 chilangos y un italiano, quienes venían de ser compañeros en la Preparatoria, en donde habían hecho sus pininos en la música latinoamericana, como muchos de nosotros.

En ese año, Armado Herrera Silva, quien estaba recién llegado de la Huasteca para estudiar Economía en la Ciudad de México, se unió al grupo, formando un “trío de cuatro”, como solíamos decir. El Trío, permaneció así durante tres años, hasta que en 1984, después de mandar a hacer dos requintos y dos jaranas jarocho, empezamos a interpretar sones jarocho. En ese año, el grupo se presentó en la librería El Ágora de la Ciudad de México, que en aquella época tenía un pequeño foro. En esa ocasión, tuvimos como invitada a Adriana Cao Romero quien ya era una arpista conocida y a quien de inmediato propusimos formar parte del grupo. Igualmente por esa época, también regresó de su estancia de alrededor de 4 años, para realizar estudios de posgrado en ingeniería en los EEUU, Francisco García Ranz, quien ya había tenido un acercamiento con el Grupo antes de su viaje. En este momento, el “Movimiento Jaranero”, como lo bautizó Juan Meléndez unos años después, aún estaba en ciernes.

Por esos días, un grupo grande de amigos del famoso Salvador, “Negro” Ojeda, nos reunimos en varios conciertos para ayudarlo a juntar recursos para un tratamiento médico que requería; uno de estos conciertos fue en el Casino Veracruzano, que en aquellos años se encontraba en la Colonia Cuauhtémoc de la Cd. de México y al cual asistimos con gran gusto. Para esa ocasión, tuvimos un invitado de lujo, pues era ya toda leyenda en el mundo del son jarocho, el historiador y lingüista Antonio García de León (Toño), quien a partir de ese momento, también se integró al Grupo. Un año después, conocimos a un colombiano que estaba recién llegado a México, venía a estudiar la carrera de composición, después de tocar música llanera en su país natal. Su nombre, Leopoldo Novoa, quien también se integró al Grupo. Hubo dos miembros más, Pedro García de León (hijo de Toño García de León) y Claudia (Wendy) Cao Romero, hermana de Adriana, con quienes quedó conformado el Grupo, la casi banda, Zacamandú.

Con estos integrantes, el Grupo Zacamandú, empezó trabajar en encontrar un sonido propio, para lo cual hicimos viajes en varias ocasiones a la Huasteca y a la región del Sotavento. Por ejemplo, en 1987, realizamos un viaje a Colatlán, Ver., acompañados de Román Güemes, uno de los antropólogos que más trabajó la región, a visitar a Don Laco Alvarado, uno de los viejos huapangueros, que sabía sones poco conocidos del repertorio actual. Nos comentó de los diferentes momentos del huapango (refiriéndose a la fiesta); nos enseñó algunos sones para abrir la fiesta como es El Gusto o El Caimán y algunos sones más, para después pasar a las corridas, que eran canciones rancheras en donde se bailaba de cachetito, para después tocar algunos otros huapangos, como El Apareado o El Chicle, que son sones para cortejar a la bailadora; incluso algunos sones para “ir a hacer de las aguas”, como decían ahí, hasta los sones que son para despedir la fiesta como es El Llorar o La Azucena, los cuales se tocan y se cantan al amanecer.

En ese mismo lugar vivía Don Alfredo Martínez, quien era un sapiente de la comunidad y quien nos relató bajo la cosmovisión náhuatl, los orígenes del mundo y de la música. En fin, días de mucho aprendizaje, pero sobre todo, de mucha música.

Otro de esos viajes memorables fue el visitar a los miembros del Grupo Son de Santiago, conformado por Don Isaac Quezada, Don José Palma “Cachurín”, Juan Zapata y Lázaro Medel, “Cartuchito”, en ese momento personas también ya mayores, cuyas enseñanzas y el gusto por la música y el son jarocho, resultaban verdaderas lecciones de vida. Otra de estas visitas importantes para el Grupo, fue el asistir al primer fandango (de esta nueva época) en la Isla de Tacamichapan, Municipio de Jáltipan, Ver., en donde un grupo de amigos, comandados por el cantante David Haro, retomaron la fiesta el fandango en esta comunidad, después de más de 50 años de no realizarse. Aquí fue impresionante el recibimiento de toda la comunidad a los músicos que asistimos, pues nos agasajaron con una comida hecha a base de presas del río, que resultó todo un manjar. Igualmente impresionante resultó el momento de tocar la primera pieza, a partir de la cual salieron de sus casas las señoras mayores con sus mejores enaguas para bailar los sones de a montón. A este evento asistimos acompañados de nuestro amigo, Salvador “Negro” Ojeda.

Volviendo a la forma en que se fueron integrando los miembros el grupo, desde el primer momento, el Grupo abrevó en los conocimientos de Toño García de León, quien además de ser un magistral jaranero, era ya toda una eminencia en cuanto a investigación de la cultura jarocho y del Caribe, en su más amplio sentido. Toño tenía registro de varios sones ya desaparecidos del repertorio actual, que había encontrado en diversos archivos, los cuales empezamos a darles forma, de tal manera que con dichos registros, más el conocimiento de teoría musical de Ernesto Anaya, Lucas Hernández y Leopoldo Novoa, empezamos a moldear y a pulir cada uno de los “sones viejos” que Toño nos mostraba. De esta forma, cada año íbamos a los Encuentros de Jaraneros en Tlacotalpan, Ver., a “presentar” uno o dos de estos sones. El trabajo se complementaba con una edición impresa, a la manera de los cancioneros antiguos, —o literatura de cordel como también se le conocía—, que hacía Armando Herrera de dichos sones, los cuales se regalaban a los jaraneros asistentes en dichos Encuentros.

Fue después de asistir a varios Encuentros de Jaraneros en Tlacotalpan, que nos empezamos a plantear la idea de grabar un CD, cuyo contenido fuera precisamente estos sones desaparecidos del repertorio actual. No obstante, estábamos conscientes de que era un trabajo muy arduo el que había que desarrollar, frente a un material tan valioso, que no valía la pena digamos, “manosearlo”, si no se grababa con una muy buena calidad, tanto de interpretación, como en la grabación, lo cual estábamos acostumbrados a exigirnos, en cuanto al sonido del Grupo. Fue de esta manera que nos planteamos grabar un primer CD con algunos sones tradicionales en uso, para después grabar un segundo CD con los Antiguos Sones Jarocho. Con el gran apoyo y entusiasmo de Ricardo Pérez Montfort, nuestro gran amigo recientemente desaparecido, Felipe Oropeza y Graciela Ramírez, hicimos un primer intento. Era tal el nivel de exigencia para encontrar un sonido “original”, que varias veces caímos en discusiones, las cuales, por momentos, desgastaban los ánimos del grupo en general. Después de oír y analizar a profundidad, este primer intento de grabación, decidimos que nos faltaba trabajo de interpretación, ante lo cual nos dimos a la tarea de redoblar esfuerzos en los ensayos a fin de conseguir ese sonido. Un año después hicimos un segundo intento de grabación en directo, además digital, con Guillermo “Guillo” Pous. Fue de esta manera que salió primero una grabación en cassette y luego en CD, llamada “Zacamandú, antiguos sones jarocho”. Al poco tiempo nos dimos a la tarea de culminar con el proyecto y junto con Guillo Pous grabamos lo que faltaba de los Sones Antiguos. Lamentablemente, debido al desgaste anímico que genera una grabación, decidimos abrir un paréntesis en el trabajo del Grupo, el cual nunca cerramos.